

MIGUEL ANGEL VIRASORO: *La intuición metafísica*. Editorial Desclée, Buenos Aires, 1965.

Luego de consideraciones histórico-críticas sobre el pensamiento filosófico de Fichte, Schelling, Hegel y la metafísica tradicional, comienza Virasoro, el tratamiento sistemático de la Intuición Metafísica.

En primer término plantea la cuestión metodológica y anuncia la descripción de una realidad que es, por una parte, descubrimiento y limitación por otra, descripción en sentido fenomenológico, invalida la intuición de esencias husserlianas; sólo hay intuición del movimiento, por tanto, podemos denominar el método de la intuición metafísica, como "Fenomenología dinámica".

Hemos señalado que descripción es "descubrimiento y limitación", limitación, por cuanto la I.M., y esto debemos dejarlo claramente asentado, no es intuición de cosas, sino intuición del Ser, por tanto el filósofo, debe perder de vista los entes; hay aquí una reiteración del sentido del "Phronein" Aristotélico. Y no sólo se trata de dejar de ver, de desatender las cosas, sino también, lo que hay dentro de él: lo lógico nebuliza lo Ontológico y, en cuanto a lo psíquico Virasoro, usa palabras significativas: "Ciertos factores psíquicos producen esclerosis y enyesamiento; del mismo modo negativo, actúan los supuestos ideológicos, que obnubilan la visión y quitan, todos ellos, el movimiento vital a la intuición que no es visión teórica, sino "Bíos Theoreticos". El objeto propio de la autoconciencia, es el ser que aparece en mí, forma primera de lo ontológico, y no los entes; por tanto las "de-formaciones" deben quedar fuera de la intuición.

En segundo término, la I.M. exige una entrega total en los límites de la más estricta imparcialidad y lo expresa con fuertes palabras: "Testificación de lo recibido": Jugarse la cabeza. No es renuncia a los entes porque sí, sino en cuanto concreciones limitativas del Ser, que paralizan la dinámica vívida de la Intuición. De este modo aceptamos la primacía del Ser sobre los entes y comprendemos que el Ser, no es los pensamientos que tenemos acerca de él, sino la contemplación de una *suprema inteligibilidad* en la cual, al no ser ni concreto, juicio ni raciocinio, se apoya el poder decir de los entes, que son. Y este decir acerca de los entes, que son, no es encontrar un ente más, sino la razón de ser de los entes, su inteligibilidad: que "son". *No encontramos el ser porque encontramos entes, sino que encontramos entes, porque tenemos el ser.*

En tercer lugar, la limitación está determinada por el ámbito en que se da la I.M.: Esta experiencia, es a nivel humano, con la finitud, desde sí mismo, en tensión dialéctica, con la omnicomprensiva presencia del Ser en sí. Por tanto, la experiencia no puede iluminar la I.M. sino que la experiencia, sacar desde dentro (Ser) y a través de (ente), tiene sentido y toma vigencia, cuando es "coherente" con el ser del cual proviene y es manifestación.

En cuanto a los esquemas conceptuales con los que tendemos a completar la experiencia, que por ser a nivel ahumano es fragmentaria, indigente, y abierta a la infinita e inacabada complementación, de ningún modo son válidos, y el procedimiento de explicación, con sus efectos mutiladores y de aniquilamiento de lo vivido es siempre posterior a la Intuición, esta nunca nace de aquél. Es por eso que Kant llega a negar la posibilidad de la metafísica, porque la busca a partir de un procedimiento lógico, que muestra el Ser, ignorando que ese mismo procedimiento sólo tiene sentido, por el Ser del que es explicación.

Hasta aquí hemos hablado de la limitación implícita en el proceso de la descripción fenomenológica de la I.M. Nos referiremos ahora, al descubrimiento a que esta intuición nos conduce.

¿Qué nos da la I.M.? ¿En qué consiste? Al desprenderse de todo lo óptico, el hombre queda en desnudo ante su ser, que, al mismo tiempo, que es YO SOY, es EL SER ES EN MÍ. Y aquí está la hondura de este pensamiento: Decir YO Soy, es decir primero SOY, y porque soy, y soy DESCUBRIDOR del ser que es en mí, por eso soy YO. Descartes se equivocó al querer fundamentar el ser en la Yoidad y en los pensamientos que el Yo tiene acerca del Ser. La I.M. es la vivencia del ser en mí, por la contemplación dinámica del ser del que soy PATENCIA. Por tanto, I.M. es sumergirme en el ser para emerger en mi ser, descubriendo el rebasamiento en mi singularidad e inmanencia de la universalidad trascendente del ser.

El patentizarse del ser en mí, no es un concepto ni un hecho puntual, sino una realidad inmanente. Intuición inmanente es la comprensión de que lo que hace "inteligibles" a las cosas, es su posibilidad intrínseca e irrenunciable de ser remitidas al ser.

I.M. es tener permanentemente, conciente y creciente, en mí, la presencia del ser. El hombre se constituye: Como la Casa del Ser. Resuenan aquí las palabras agustinianas: "In interiore homine habitat Veritas". Es también continua iluminación autocrítica, eterna

auto-revisión, dolorosa lucha para evitar la caída en los entes. Por eso, la I.M. obliga al Filósofo a la constante *clarificación de sí mismo*.

En suma, la I.M. es "el sentirse comprendido en el ser", la irrupción del ser, universal, en el Yo, subjetividad singular, en la cual I.M. el Yo vive lo universal como una fuerza expansiva que lo *impelle*. Y aquí entramos a la consideración de las especificaciones trascendentes de la presencia del ser en el Yo.

1º El ser del Yo se va "de-velando" como Libertad, anhelo y potencia de autorrealización: esta es su más íntima esencia, su ser mismo. Pero al mismo tiempo intuye que en sí, no es razón suficiente, su libertad le ha sido "Dada", por eso el Yo se sumerge en la trascendencia del fundamento (Trascendencia abisal).

2º Este Yo, libertad fundada en lo trascendente, actúa en un ámbito de referencia que le es propio y lo constituye; este ámbito es el segundo término trascendente de su ser en el mundo.

3º La relación del Yo no se limita al mundo, sino que es esencialmente dialógica con el semejante, concretamente con las personas o con la intersubjetividad de la cultura y la historia, en esta relación sustancial, la trascendencia se especifica como colateral.

4º La libertad singular se hace conciencia reflexiva de sí, se capta a sí misma como la célula viva, el dispositivo energético que condensa y encauza la explosión del ser. El ser no irrumpe en la inmanencia del Yo para aniquilarlo en su singularidad, no es el negro abismo en el que el Yo se *sumerge*, para aniquilarse, sino la fuente de vida de donde *emerge*. Como ser esencialmente libre, el Yo se dirige a la realización de su proyecto ontológico, fin del movimiento continuo de realización en que consiste su libertad.

Acerca del "qué es" del hombre, frente al existencialismo y al esencialismo, Virasoro sostiene que aquél no consiste sino en su libertad, poder y anhelo de realización de sí mismo en el mundo y con las cosas, que en relación dialógica con los otros y con las *objetivaciones* de la cultura en función del proyecto de ser, va dándose su propio contenido y alcanza su estatura ontológica (trascendencia cenital).

El ser, fundamental y donante, es el abismo del cual emerge el Yo, no solo, sino en relación dialógica sustancial, autorrealizándose libremente, creciendo en el Ser.

En ese crecer del ser, van naciendo los arquetipos, que son arquetípicos, porque participan del ser que el hombre va encontrando, descubriendo, de-velando, a medida que vivencia su IM.

Queda aún por distinguir entre el Yo, considerado abstractamente en su subjetividad como libertad actuante frente a sus diversas trascendencias y el *Yo pleno*, como unidad dialéctica, el que vivencia la I.M. El ser, mudo e inefable, sólo se expresa a través de la vivencia de este Yo pleno, adquiere la posibilidad de ponerse en la palabra de "ex-presarse" así mismo, en el hombre y según los modos que a este corresponden por tanto en el lenguaje humano y, consecuentemente, en su forma originaria: el Diálogo. Porque dia-logar, es encontrar a través de la palabra noética la epifanía del ser, pervive dentro, y este pervivir dentro de cada uno, trascendencia colateral, crea la liberación del ser que está oculto: la expresión: el ser se ex-presa, se libera por la palabra y por la palabra aparece. Por eso Sócrates, sentía el ímpetu del demonio interior que los impulsaba a "dar" el ser, a través de la pregunta fundamental: Tí Esti, y juntamente, esta pregunta provoca la re-versión interior: Gnosi seautón.

Por tanto, cabe al hombre, la res-ponsabilidad de dar expresión al ser, volver a darle su peso, pues el ser no es una libertad infinita que prescinde del ente: sino que espera de éste, en su libertad singular y concreta, su clarificación prospectiva, de aquí que la enaenación del ente, no sea el olvido del ser, sino la silenciosa quietud, la falta de respuesta, la inercia cuando deja de ser un centro dinámico de liberación y proyección.

Hav, sin embargo, una posibilidad de diálogo directo: la Intuición Mística, que tiene su fuente exclusiva en la Revelación, cuya forma primaria es la revelación personal, la Persona Divina, el Ser que es Persona, en su trascendente inmensidad e infinito amor y la persona humana, criatura indigente, que lleva impresa la imagen de Dios y puede, por ello, constituirse en su interlocutor. Tal vez, cabría hacer aquí una revisión del término Intuición Mística, para evitar la reducción de la Revelación al solo nivel místico, puesto que aquella será también, en el plano racional afectivo y aún sensible. Pero lo que importa destacar es que por la consideración metafísica, reconocemos la hondura y riqueza de la experiencia metafísica, y también su limitación a lo ontológico, quedando abierta la posibilidad de acentación de lo transontológico que se nos brinda donativamente en la revelación, modo esencial de comunicación' de la espiritualidad divina.

Humildemente he tratado de expresar lo que la Intuición Metafísica es. En cuanto a su significación para la metafísica, Virasoro la postula como punto de partida para una metafísica reconocida como ciencia estricta y en el progresivo develamiento de lo dado en esta intuición vivida, se va constituyendo su objeto: la aprehensión inmanente del ser en todas sus formas y manifestaciones, que al ganar en rigor y estrictez, queda obligadamente ligada en sus verdaderos términos. La IM. constituye por una parte su instrumento gnoseológico y por otra en relación sus posibilidades reales, los límites de su problema.

BEATRIZ ORTEGA DE CALISE